





TRÁNSITO HACIA LA LUZ  
VOL. I  
COMO LA ROCA QUISE SER...



Encarni Pérez Salicio

TRÁNSITO HACIA LA LUZ  
VOL. I  
COMO LA ROCA QUISE SER...



Primera edición: octubre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Encarni Pérez Salicio

ISBN: 978-84-18544-26-2

ISBN digital: 978-84-18544-27-9

Depósito legal: M-26405-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A quienes creyeron en mí  
aun cuando yo no creía.*





## COMO LA ROCA

Como la roca,  
dura, impenetrable, resistente,  
ante la soberbia indiferente,  
para el desprecio inalcanzable.

Como la roca  
quisiera ser, estoica,  
inamovible en su lugar, abúlica,  
hecha de su esencia, volcánica.

Como la roca  
que ni siente ni padece  
y no le importa  
que la humillen o desprecien.

Como la roca  
quisiera ser, y soy etérea,  
humo que pronto al aire vuela  
un instante y se desintegra.

Como la roca  
debí ser siempre,  
que vuestro desamor no me alcanzase,  
que vuestro duro corazón no me hiriese.

Como la roca  
y soy como la espuma,  
como una pompa de jabón que nunca  
puede ser tocada y que se trunca.  
Como la roca  
seré algún día,  
cuando aprenda a soltarme de esta fría  
inconsistencia en que quedó mi vida.

## EL MAL AMOR

Aquel amor fue tan enorme,  
tan loco, arrebatado, incierto,  
absorbente, excluyente y excluido,  
que no dejó un hueco a más amores  
como no fuera para amarse a sí mismos.  
«Te quiero», se decían con los ojos,  
y querían decir «te necesito»,  
necesito que consientas mis caprichos  
y yo que asumas mi locura como un rito  
de amor loco; cómo nos entendemos,  
qué bien estamos juntos, como niños  
inconscientes que en la arena dejan  
los juguetes esparcidos.  
Así se sostuvieron muchos años,  
él me da todo lo que me apetece  
y yo como una tonta le admiro;  
él lanzaba su locura a voz en grito  
y ella malgastaba sin permiso.  
Fue un milagro, una magia, un equilibrio  
que los sostuvo durante tiempo en vilo  
hasta que ella, ahíta ya de tanta vida

dejó que estallara su corazón marchito  
y entonces él, sin el apoyo amado,  
no supo hacia dónde tirar  
y se tiró al suelo  
de la ponzoña, la crueldad y el odio  
y, preso de la locura más siniestra,  
se dejó arrastrar a lo profundo  
del dolor y la pena y, aún vivo,  
se alejó de este mundo.

## LOCURA

También era en febrero,  
pero un febrero frío,  
la lluvia, el granizo, el viento,  
helaban la sangre. La ambulancia  
daba tumbos corriendo,  
como mi alma.  
Dentro, el pandemónium desatado,  
gritos, juramentos, la locura  
hecha cierta y rotunda, ya no había  
escapatoria posible, allí estaba  
con la miseria absurda de sus labios  
que agriaban aún más sus comisuras.  
Los paramédicos, nerviosos, preguntaban,  
yo no entendía nada,  
me había ido de allí, a alguna parte,  
no podía pensar, no reaccionaba,  
allí estaba lo que de él quedaba,  
detritus, suciedad, solo inmundicia,  
sangre, orina, sudores babeantes,  
andrajos sucios, heridas tan punzantes...

El granizo azotando las ventanas  
completaba el cuadro delirante.  
No fue el final y, sin embargo,  
hacía mucho tiempo que no estaba,  
se había ido por fin lo que quedaba  
de la burda congoja de su alma.  
Después reaccioné y puse orden  
y concierto a aquello que pasaba;  
por fin, y de una vez, le puse nombre:  
locura, locura, y no de amor, como no fuera  
el amor a sí mismo de aquel hombre.

## HUESOS

De niña yo jugaba con los huesos  
de aquel rincón del cementerio,  
calaveras siniestras de ojos huecos,  
fémures maltrechos,  
trocitos de falanges de unos dedos  
que ya no podían asirse en otros nuevos.  
Solo eran huesos...  
la vida no se veía en ellos,  
eran tan solo el recipiente  
de unos seres que vivieron,  
eran tan solo un continente  
de algo que latió en sus dueños.  
Hoy lo pienso,  
pienso en aquellas vidas  
que un día fueron,  
pienso en la falta de respeto  
ante quienes los poseyeron.  
No eran nada, lo sé, me lo dijeron:  
«esto es lo que queda de los muertos,  
nada al fin, no somos nada»...

Yo lo creía tan cierto  
que no me desasosegaba  
aquel material inerte  
que no sentía ni amaba.  
Ya no eran... pero fueron  
y aún quedará su recuerdo  
en algún lugar oculto  
de aquellos que les quisieron.  
Hoy lo siento, pero... era tan pequeña,  
y él tan grande y tan siniestro...



## LA CRIADA

Los dedos, tiesos, ya no respondían,  
no corría la sangre por las venas,  
el brazo entero se le entumecía  
y cambiaba de mano; era una niña  
y no podía ya con tanto peso.  
La cuesta eterna, la calle zigzagueante,  
el dolor de los dedos traspasaba  
todos los nervios de la carne.  
Cada poco descansaba, el aire  
apenas llegaba a los pulmones, la mañana  
parecía no acabarse.  
«Y después te pasas por la tienda  
a por jabón de lavanda»,  
aún más lejos,  
más allá aún de aquella cuesta  
cargada con las bolsas y el rencor  
que llevaba siempre dentro.  
Daba igual cuándo llegara,  
no había meta, no había nada,  
solo el esfuerzo, el sudor, las lágrimas  
y la certeza de que otro día

seguiría al de hoy y al de mañana  
cargando con el peso de otras vidas,  
con el capricho, la necedad y la insania  
de que no le dieran otra vida  
aquellos mismos que le dieron una  
como quien da una gracia  
y hoy apenas recuerdan quién es ella,  
qué es, qué será, si es que es alguna.

## DE NOMBRE LUCÍA

Yo la visitaba muchos días,  
aquella niña azul, de piel tan blanca,  
un hálito vital, una esperanza  
de rizos rubios. La quería  
como se quiere a lo que no se alcanza,  
a compartir juguetes, experiencias,  
a tener alguien en tu vida  
que sepa de lo que hablas y que entienda  
como tú el desamor que nos cercaba.  
Yo la visitaba.  
y escarbaba la tierra en que yacía,  
buscándola, buscándola,  
regando de lágrimas su tumba,  
pobre niña perdida  
sin un adiós y sin pena ni gloria,  
nadie la lloró nunca. Yo robaba  
las flores de otras fosas más cuidadas  
para plantarlas en aquel recodo  
de los niños pequeños,  
ángeles en ciernes que volaron  
y nos dejaron solos.

Y adornaba la tierra con mil rosas,  
y enderezaba aquella cruz siniestra,  
ya ni blanca ni entera,  
ladeada hacia el foso de la muerte,  
mi pobre hermana muerta,  
y la ponía enhiesta con orgullo  
de ser yo quien velaba por ella.  
Cargué sobre mis hombros infantiles  
la insostenible tarea  
de mantener vivo su recuerdo,  
de darle vida al poder reconocerla.  
Yo nací porque murió ella  
y ambas fuimos nada,  
intercambio anodino de unos seres  
por otros que les suplen, ¡qué más daba!  
Cada vida es una, con derecho  
a tener su nombre y su recuerdo,  
a existir por sí misma y ser amada.  
Dicen que murió mientras buscaba  
la leche de unos pechos destemplados,  
un amor perdido entre las sábanas  
y un ansia de vivir nunca escuchado.